

Nirvana ú Olla podrida

(Carta de Timoteo Simpelos á su padre, con motivo de la publicacion de un libro de don Angel Floro Costa.)

Montevideo, Octubre 9 de 1881.

Mi querido padre:

¿Se acuerda usted de don Angel Floro Costa, alias Paturot, alias Vejiga? Se acuerda usted de ese infeliz autor de proyectos bancarios y de opúsculos divertidos? Se acuerda, por fin, del hombre que desde Buenos Aires trató malamente á don Lorenzo, y que aquí le subió sobre el cuerno de la luna?

Pues el autor de *Panfletos y Puñales*, de *la Caída de la Gironda y el triunfo de la Montaña* y de otros trabajos más ó ménos desastrosos para la literatura nacional, ha dado á luz una nueva obra, que no es obra de romanos sino de locos, á la cual ha titulado *Nirvana*, pudiéndola titular con más razon *Olla podrida*.

Ni yo sé bien lo que es *nirvana*, ni tampoco demuestra saberlo don Angel Floro Costa, escritor tan popular en las edades antidiluvianas, como es desconocido en la presente; pero aunque yo lo supiera, no se lo diría á usted, porque con saberlo y todo seguiría tan en ayunas como antes. Bastará que le agregue que el título es cosa de la India, ó como quien dice cosa de otro mundo, y que tanto le conviene á la obra como le sentaría la lanza de Aparicio al Presidente constitucional, y un traje de diplomático al ministro de la Guerra.

Que *Nirvana* no significa nada para el caso, se prueba con añadir que trata de la República Oriental y no de la India, por más que la República se parezca á la India en eso de tener patrias, que son todos los que no están conformes con el actual gobierno, es á saber, las cuarenta y cinco quintas partes del país, y me quedo corto. No obstante, la multitud de disparates y locuras que contiene la obra, significan que el sentido moral de don Floro reposa en los talones y que su juicio corre parejas con el de don Luis Velazco.

Una de las partes más curiosas del libro, que es un conjunto de monstruosas curiosidades, es la relativa á una revolucion contra Laferrere que hubo de haber dirigido el célebre *incoherente* don Pedro Varela, uno de los personajes más sanos (de salud) que cuenta el Uruguay, y en la que le estaba reservado un gran papel (de estirpe) al caballero don Angel Floro, alias Paturot, alias Vejiga.

El jefe de esa revuelta que murió sin nacer

hubo de haber sido un militar de caletre tan duro y de instrucción tan escasa y de alcances tan pocos, que solo podría compararlo con nuestro amigo el ex-trompa don Caraciolo Pais. Por los indicios, ya comprenderá que me refiero al coronel Caraballo, que hay quien llame cara de caballo, sin duda confundiendo la cara con la cabeza.

¡Figúrese como sería esa revolución en vista de la trinidad que pretendió iniciarla: Paturot, Varela y Caraballo! ¡Qué tres, padre mío! Es para repetir lo del cuento: tres eran, tres, las hijas de Elena tres, eran, tres, y ninguna era buena. Ya se imaginará usted que el encargado de redactar la proclama revolucionaria... En nombrando al ruin de Roma, luego asoma.

¡Y qué proclama la que se proyectó! Porque la proclama no pasó de proyecto, y los *charrúas* uruguayos se quedaron esperándola como los judíos al Mesías. ¡Pobres judíos orientales! Y qué prosélitos tan patriotas los que siguiesen las banderas del *incoacto*, quien contaba, más que con los de la ciudad con los del campo. Qué cruzada más libertadora de vacas y de caballos y de bolsillos!

Calcule el efecto prodigioso que produciría entre los gauchos varelistas, una proclama en que se traía por los cabellos el nombre de Alarico y las proezas de Atila, y á César y á Atlánte, y á Polifemo herido por la cólera de los dioses. ¡Qué tamaño boca abrirían los gauchos al leer tanto nombre extravagante! ¿Quiénes son esas *naciones*, preguntarian, imitando al caudillo que vd. sabe, quien llamó á un periodista para reprehenderle por las ideas que propagaba en su diario, cuyo periodista, para excusarse, contestó que no eran de él sino de Voltaire.—Pues á vd. y á Voltaire los he de colgar, replicó el caudillo con frescura.

Y si este caudillo ignoraba que Voltaire perteneció al siglo pasado, entenderían las masas brutas que iba á proclamar don Floro, lo que les quería expresar con esa colección de nombres raros, de *Césares y de Polifemos heridos por la cólera de los dioses, de monstruos de la edad de piedra empotrados en el seno de la civilización del Siglo XIX*, y de otra porción de pedanterías y quijotadas por el estilo? Si Paturot posee talento y cordura, tengo para mí que revela todo lo contrario en sus obras.

Convenga vd. en que los gauchos no entenderían ni jota de la proclama y ménos este párrafo, que para su solaz copio al pié de la letra—«Lo hemos visto (á don Lorenzo Latorre) degradar la majestad del mando en el seno de orgías escandalosas en hoteles y quintas cercanas á

Montevideo, donde se representaban á lo vivo los misterios de Lesbos y se consagraban largas libaciones á Astarté y á Falus, Baco y Vénus Afrodita.» Para muestra del cacumen político de don Floro, sobra con ese boton de la proclama.

Estoy seguro que ni don Pedro Varela sabrá, á no ser de oídas, quiénes fueron ó qué representaron Vénus, Baco, Falus y Astarté. Y si don Pedro no lo sabe, lo sabrían los infelices paisanos? Si con pamplinas de ese jaez pensaba entusiasmarlos don Floro, ya las iba á tener buenas. Y desgraciado de él si se hubiera presentado en el ejército, que á pulpazos lo hubiesen corrido las huestes caraballunas—*incoactas*—paturotísticas.

Este don Floro es tan cuerdo como don Quijote y ha de ser tan valiente como el capitán Araña, que embarcaba las tropas y se quedaba en tierra, ó como aquel otro que decía heroicamente:—*aprontémonos... y vayan*. Y pregúntele porque se metió á revolucionario, que si él no le contesta, yo le responderé, con el libro á la vista, que no lo hizo por amor á la libertad, ni al país, ni á las instituciones; nada de eso. Lo hizo porque—*huyendo como tantos otros de las alevés y siniestras amenazas del tirano, (á quien aduló mientras le convino) soportando los inmensos perjuicios y trastornos que debían afectar á un hombre acomodado, cargado de familia y por consiguiente de obligaciones y necesidades sociales... comprendió que no podía ser indiferente á sus propios agravios... y vino con la firme resolución de hacer lo que tal vez jamás habría pensado: esto es, de poner al servicio de la libertad de su patria (!) su pluma (de ganso), su poca ó mucha inteligencia (qué modestia!) y su dinero.*» (Valga su afirmación).

De donde pudieran deducir los maliciosos, como consigna *El Plata*, que á no ser los *trastornos y perjuicios* de Paturot, éste hubiera puesto tal vez su pluma, su inteligencia y su dinero, ó *el dinero ajeno*, al servicio de los tiranos de su patria. Y por cierto que no falta quien murmure que don Floro se ofreció á don Lorenzo, y que don Lorenzo despreció á don Floro. ¡Hablillas de los mal entretenidos!

Yo no creo en ellas, aunque don Angel, si se empeñara en repetir que los motivos determinantes de la conducta de los hombres reside principalmente en el estómago, me haría creer en eso y mucho más.

Para que vd. no dude de las anchas tragaderas de don Floro, le manifestaré que Paturot estaba persuadido de que la revolución era soplar y hacer botellas. Así es que considerándola triunfante en toda la línea, quería recompensar

á los héroes de la cruzada, con los siguientes premios, « á más de las compensaciones pecuniarias que oportunamente les serian designadas por el gobierno constitucional».

A los jefes de division se les regalaría legua y media de campo; á los comandantes una legua; á los mayores una suerte de estancia; á los señores capitanes mil seiscientas hectáreas; á los tenientes primeros media suerte de estancia; á los tenientes segundos, alferéces y sargentos primeros, una cuarta suerte; á los sargentos segundos y cabos, dos chacras y un solar; á los soldados una chacra y un solar. Y no necesitaría más que trescientas leguas de tierra para realizar tan grandes ideas, dignas de un águila, que es el tipo de las aves de rapiña.

El jefe de la revolucion, Caraballo, tambien sería espléndidamente remunerado por el desgobernado de Varela, el que fijaría la compensacion á que se hubiera hecho acreedor don Manuel.

Y qué botín se guardaba don Floro?... La presidencia del consejo de ministros, de que me ocuparé en otra epistola, y tal vez la fundacion de un banquillo nacional como el de marras. ¡Qué concepciones las de Paturot!.. Vd. dirá que más merecida y justa recompensa sería un manicomio ó una penitenciaría. ¡Quia! Si todos los pajarracos y locos estuvieran en las casas de idem ó en las penitenciarías, estas y las otras llegarían á tener más habitantes que el resto de la tierra.

¿Qué opina de los premios para el ejército libertador? Qué de la proclama? Qué del director del movimiento revolucionario? Qué de los móviles que indujeron á Paturot á meterse en camisa de once varas? Qué del seso y de la moralidad de don Floro? ¿Ha visto vd. más desatinos, picardihuelas, locuras y bestialidades en ménos renglones? Pues el Nirvana está plagado, repleto, saturado y empapado de preciosidades por ese tenor, y me proporcionará tema para algunas cartas.

Escribe un diario que la lectura de tal libro causa asco y risa á la vez, y que su autor es tan inmundo como el novelista Zola, ¿pero qué culpa tienen los hombres de ser como los ha formado la naturaleza y las costumbres? El mismo don Vejiga se considera descendiente del mono, y algun partidario de la doctrina de las encarnaciones, creeria que don Angel era un demonio encarnado, me equívoco, que en don Angel se habia encarnado el alma ó el espíritu de un cerdo, si es que los cerdos tienen alma ó espíritu, lo que se me antoja tan imposible como que don Floro sea un ente racional, por más que se le asemeje en la forma.

En Paturot no se perciben más que concupiscencias de la carne y sed y hambre de riquezas y una ambicion desenfadada de mando. En él, *l'homme sent la bête*. Y si vd. no me comprende, hágase traducir la frase por algun francés.

Su affmo. hijo.

Timoteo Símpelos

El cuco

(Diálogo entre una chiquilla y su madre.)

—Duérmete, chiquilla.

—Ay! mamá no puedo...

—Pues qué tienes?— Miedo, Madre de mi amor!

—Y de qué? Contesta...

Niña, no respondes,

Y la faz escondes

Bajo el cobertor?

—Ay! mamá, yo tiemblo

Como una azogada,

Y eso que abrazada

Me sostienes tú.

—Pero, niña, dime

Qué temor abrigas,

Quiero que me digas

Qué te asusta—¡El bú!

—Duérmete, chicuela

Que esas son patrañas.

—Ay! mamá, te engañas,

Y de pé á pá.

—Hija, te repito

Que eso es pura bola.

—Si me dejas sola,

Moriré, mamá.

—¿Y quién es el oso

Que te causa espanto,

Quién es el que en llanto

Te hace prorumpir?

—Es un cuco horrible...!

Y habla más bajito,

Porque el bú maldito

Puédenos oír.

—Calla, inocentona,

Que no hay bú ni nada;

Duerme sosegada.

—Yo dormir? ¡Qué horror!

Y si el cuco viene?

—Lo del cuco es grilla,